

Ebel Barat

El Amor

poemas



Editorial
Fundación Ross

Ebel Barat

El Amor
poemas

 Editorial
Fundación Ross

*a Andrea
por su discreta convicción*

Diseño de tapa:
Susana Mognaschi

© Fundación Editorial Ross
Córdoba 1347 (2000) Rosario
República Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Impreso en Argentina.

ISBN: 950-9472-46-8

El Amor

poemas

Fotografia artistica:
Eduardo "Waldi" Tappari

PRÓLOGO

Ebel Barat, un guerrero y poeta que desea vivir como un hombre.

Demiurgo en noches de furtivos y, al mismo tiempo, eternos amores, herido por el cruel enemigo del desencuentro.

Batalla de nobles caballeros, la de los sueños...

Fe y esperanza para despertar con un tierno beso a la mujer que duerme, guardiana de nuestros anhelos y a la vez, motivo de ellos.

Incansable viajero de tierras extrañas, valor de náufragos, desafiante ante la tempestad; temerario aedo que ansía la flor de la indomable hembra humana. Dispuesto al acto y sin temor a la muerte, para abrir cada mañana, los ojos llenos de chispeante luz.

Ebel, hermano, el estigma de la mujer marca tu cuerpo y en cuanto el dolor de la belleza doblega la antigua cicatriz, una gota de sangre humedece los voluptuosos labios de la doncella.

Maestro, hacedor de caminos, desnudas generosamente tus manos, para que vuele la metáfora hecha paloma.

Buscador de corazones en llamas, para abrazarlos y abrazarte en destellos.

Artesano de ígneas horas, orfebre de abiertos soles, para atrapar delicadamente esa finísima piel del espíritu humano, sólo con palabras y silencios.

"EL AMOR" puede ser la llave para ambas puertas: la del Cielo y la del Infierno.

ANTONIO FERRERO

Para saber si te quiero,
tendré que estar lejos.

Para saber si habrá
lecho de etéreos pétalos,
fiesta tibia frente al fuego,
deberé sentirte ausente.

Si caeré sobre tu pecho
como una mansa ola
o como al pasto del campo
el sol contento,
deberé recorrer solo las callejas,
sentir frío en los bolsillos
y navegar la bruma
del olvido de la amada.

Para saber cuánto te quiero,
deberán pasar miles de minutos
y en la carrera de recuerdos
será tu imagen lenta.

Tendrás que trenzar caricias,
hornear pan y cultivar jardines

y amarme con el fulgor alegre
de los alguaciles en el río.

Serás morena y en verano,
y en invierno serás morena.
Prendida entre mi alma,
con ansiedad de llama,
deberé experimentarte.

No atarás mis manos,
destino del barro y de la forma.
Y no apagarás del pecho
el corazón del alfarero.



Como los días cálidos a la tormenta
lo alimentábamos lentamente.

Era un juego suave y precioso.

Caricias acumuladas, miradas ávidas,
secretos íntimos, se volcaban de a poco.

Podría decirse que esperamos mucho
y comenzaron a sentirse los latidos,
el rumor lejano de la creciente.

Hasta que se fueron al cielo
las consideraciones y los recatos.
Hasta que derramó la noche
su claroscuro sobre tu cuerpo.
Hasta que derramaron los vasos
gotas brillantes en los ojos.
Hasta la batalla jubilosa
y la emoción alerta.

Desde entonces me dedico a buscarte.
Me aboco a las ondas de tu cabellera
negra.

A las ondas fragrantas
de tu piel
donde se ha licuado la madera.

Y a esa voz alada
con que me despiertas del sueño
y de la vida,
cada vez que abro los ojos
y te veo.

Aún no estoy preparado
para tu súbita mirada.
Requiero derretir tus caricias
y bañarte en luz azul,
en luz silenciosa y nocturna.
Deberá fluir a mi mano
profunda blancura celeste.
Y después del aliento,
después de la tibia nota,
acumulando tu voz derramada,
estaré en condiciones.
Vendrán a mi auxilio
el aire de otrora,
el puente a tu alma,
el olor de las tardes;
y podré establecer
el muelle secreto
para tu súbita mirada.

Reconozco esa olvidada niebla,
esa delgada aflicción,
que desde tu partida
ha ocupado
los cuartos principales de mi pecho

y no se me ocurre otra manera
que poner la proa hacia las anchas playas
del sur y del otoño.

Perderme en el silencio
de las olas sordas,
de las aves mudas,

desvanecerme levemente
resumiendo toda la melancolía.

El plomo del cielo,
las ocultas centellas blancas,
las oxidadas marismas,
el horizonte de bruma,
declararán el alma de tu ausencia:

mientras mis pisadas,
mis brazos inertes
y la lejanía,
dejan la huella vana
de un caminante solitario.

No se ha revelado aún,
pero acecha,
el equívoco candor
de tu negro pelo.
La conciencia súbita,
el hallazgo recíproco
de la comprensión en la mirada.

Está latente todavía
la dimensión de conocernos.
De descubrirnos química y temperatura.
De deshojar gozosamente,
en el insustituible juego,
la noche de palabras,
los besos hechizados,
y el abandono
de los bellos cuerpos
enredados.

Hay entre nosotros,
mi amiga,
una razón sombría.

Entre los cálidos corazones,
una brizna azul de lodo,
de adiós umbrío.

Entre la ilusión y la pureza,
un funesto sedimento oscuro.

Porque tú, mi amiga,
no sólo eres blanca,
ni sólo ojos plácidos,
ni manos laboriosas,
ni elásticas piernas.
No sólo eres palabras claras,
ni sencilla estrategia.
Eres también, mi amiga,
una niña de este mundo.
Otro pequeño pájaro
con la aspiración del cielo.

Aunque me muera por hacerlo,
no puedo cortarte rosas,
porque las quiero todas,
mi amiga.

Blancas, rojas, amarillas,
anaranjadas y rosadas,
mórbidas y sutiles,
castas y enervantes.

Las rosas y las flores.
Para ti, absolutamente todas.
Pero el rumor del río cuando dobla.
Y cada ruido de la tierra.
El aire anónimo de las cuevas.
Y el ominoso mar,
con su arrogancia empaquetada.

Si no puedo darte todo,
última dulzura,
para qué estar contigo.

Infinitamente alta,
te debiera la alegría.

te debiera la alegría

Infinitamente suaves,
te debiera los reposos.

Pero tú, mi amiga,
tienes mejores pies
para andar sobre la tierra.

Y el cauteloso lobo de montaña,
sin el horizonte entre las manos,
quizá no pueda estar contigo.

Entre una población de ojos
reconocería los tuyos.

Renovaría el verdoso reflejo
y el regocijo.

Tensaría el espacio
como un arco.

Y volverían a fundirse
mirada, aire y deseos.

Nuestros ojos saben buscarse
como insectos en la noche.

Tus ojos fueron hechos para hablarme
y nuestro irrepetible código
los reúne para amarse
entre las multitudes,
las mareas,
y los gritos
de tantos otros ojos.



Amo la cascada de palabras,
ese fluir encadenado
de los afectos en tu carta.

Amo la sugestión fugaz
del modo en que varían
como se achatan y diluyen
en la corriente sabrosa de caricias.

Pero temo cuando inquieres.
Y me lastimas cuando juzgas.

Amo tu mirada penetrante,
tu profunda mirada sabia
y la actitud final de hembra
celosa y exclusiva.

Pero temo que no estimes
la necesidad de que me quieras,
que el golpe desvalido de arrogancia
te oculte mi afecto sigiloso.

Y amo la tempestad callada
de tus duras preguntas sin respuesta,
del ingrato buscar a tientas.

Pan y leña.
Calor y humo.
Amor y vino.

Cuando la noche oscura
recorte tu figura sola.
Cuando te fundas con el cielo
mientras el viento te vuela el pelo,
evócame,
que venteando el aire
desde lejos,
seré tu sentimiento.

(A la sugestión de una foto de Anita
Urban cuando joven, tomada de
sorpresa)

Ojos tiernos, ojos tiernos
ojos claros, ojos tiernos.

Centella celeste que se alegra
que el amor anda allí.

Luz recta enamorada,
chispa de la mañana.

Flor en ciernes,
dulce, dulce,
geométrico capricho
que te llena de nostalgia.

Agua fresca, frescas ganas.
Regocijo que hace curvas
y que hace alas.

Estrellas gemelas
que brillan, brillan
sonrisa plena,
posición de enamorada.

Ojos tiernos, ojos tiernos
ojos claros, ojos tiernos.

¿Eras tú
la que debía amarme,
la del sueño que no soñaba?

¿Eras tú
la flor blanca de alas tenues
que no puede ver el sol;

que no puede experimentar
del viento
sus azotes de menta?

¿Eras tú
la delicada lana,
el aire vivo,
con los que iría
al lugar que abandonó el cielo?

¿Eras tú
con la que desenterraríamos
el secreto procedimiento
de esfumarnos amando?

Si yo lo quiero,
si mi luz se inclina hacia tu pecho,
¿eras tú la que aguardaba?

Y si eras tú,
¿qué oscuro accidente,
qué dificultad perversa
lastima los brazos tiernos
y no nos permite rescatarnos?



Como una sugerencia,
lenta voz de negra.

Como una pesada onda.
Como un mensaje transmigrante.
Como un incienso doloroso.
Como luces de estrellas
en el agujero de la noche.
Como el sombrío tiempo hueco.
Y la ausencia, gran ausencia.

Con las plantas inmóviles
y los ruidos viscerales.
Con una quietud de débiles,
resignación de malheridos.
Con un tambor de angustia.
Un desamparo de desierto.

Llega.

La voz apagada.

La figura de sombra.

La fruta de los pechos.

El olor de la resina.

La cópula bajo el infinito.

Ella llega.

Hecha ausencia.

Gran ausencia.

Voy a amarte

Allí donde tú quieres,
junto al mar de jade,
a orillas del susurro,
frente al horizonte
que surcan lejanos pájaros,
voy a amarte.

A la sombra dulce
de las palmeras.
En un baño de brisa,
a la vista de las estrellas,
voy a derramar las caricias.

Y cuando duermas bajo el cielo
donde se entrelazan los brazos,
a ti voy a enlazarme.

Pero en los montes azules,
en la sierra dura,
en el fresco cristal del aire.
Entre la tertulia de astros,

bajo la plata esparcida
de la luna suspensa.
Allí donde yo quiero,
también voy a amarte.

En el lugar de la leña,
del calor trabajado,
del refugio encendido.

Allí donde yo vaya
también voy a amarte.

Menuda geografía de las manos
y personalidad de las uñas cortas.
Paso sabio ...
juventud de la cintura.

Luz de la clara frente
y vuelta de las caricias rápidas.

¡Aparece generala!
Recréate en el molde duro de mi alma.

¡Aparece de golpe!
Como la luz en las esquinas.

Y enséñame más ...

Artesana,
labradora lenta,
de mano firme
y férreo arado.
Esculpe sobre mí
nobles cicatrices.

Estragadora quieta,
¡lléname aún más de raíces!

Y cuando estés hierática
y lejana
permíteme el descanso,
permíteme saber que duermes,
y ¡verte!

Hazte indefensa,
para que desde mi alma
se desplieguen feraces brazos.

Para que con la mirada alegre
y pródiga la boca,
cante la canción del macho.

La contestadora

Salpicada de respuestas
llega la voz opaca.
La voz de madera
que crepita en la pequeña boca.

Caen deshiladas las respuestas,
mezclando vibrantes conocidos
y desconocidos de la lógica.

Haces un gran barullo ingenuo,
pero tú sabes dónde vas, contestadora.

Y mientras tu boca zigzaguea,
sin prejuicios,
tu paso corto marca la distancia
de tu corazón a tus anhelos.

Juegas el juego ingrato
de buscar la emoción de la certeza.
No descansas,
y entre palabras circulares,

abundantes municiones,
emites tu respondedor llamado.

Satélite ansioso,
ardilla de mirada presta,
dueña del salto rápido,
tenista de volea,
comprendo tu deseo,
tu afán apresurado
y a veces, sólo a veces,
permiso tu reposo
y digo tus respuestas.

La partida

En tu pie ligero habrá empezado
la feliz paloma blanca

y por la piel morena de tus piernas
desde lo alto fue llamada

hubo un batido superior de alas
en los pliegues de tu pollera clara

y la conspiración del viento
que la sombra de tus muslos refrescaba

¡Aeronáutica fascinación viajera!
Paloma y viento y pollera clara

Hacia tu brazo moreno y alto
siguió la paloma blanca

Entre tu palma inquieta y tu boca incierta
con frecuencia pícaro, saltaba

Desde la escalerilla del avión a mi ventana
el palomar saludo me llegaba

en la onda bronceada de tu brazo
y en la morena sonrisa vislumbrada

Muchacha, yo te vi partir volando
cuando la mañana se cansaba

y dentro de mi coche a mi derecha
tu silueta grata ya no estaba ...

Praia do Forte

Nos íbamos por la playa,
alejándonos del faro.
Tomados de la mano,
nos íbamos.
Soplaba el mar
su susurro de archipiélago.
El faro extinguía su latido
y la luna vislumbraba
tu blancura desencadenada.
Desde el arco de los cuerpos,
fosforecía el manantial
que encendió la espuma.

Fue detrás del faro,
entre las grandes cavidades.

Fue nuestro universo privado,
inmenso como la noche.

Allí definieron nuestros cuerpos
la fragua de la luz,
la esencia de la cópula,
y las caricias del silencio.



Transita la tarde
una sensación vacía.
Se estiran desde fuera
los rumores.
El ocaso espesa los ambientes
mientras van cayendo
las sombras apiladas.

Giran en el cielo
las últimas aves.
El alma vierte lágrimas
en el estanque de recuerdos;
pequeñas luces
de la calle que se alarga.

Hacia una oculta diosa blanca
extiende un manto,
una caricia dirigida,
un anhelo suave,
un llamado.

Hacia la que espera
y ha esperado.

A la valiente y bella,
la dulce protegida.

Hacia la que espera
y ha esperado

un anhelo suave
y un llamado.

¿Qué terrible trance,
qué ominoso paso
he de sortear
para acceder finalmente,
para que cedan los cerrojos
de la dulce canela,
del tibio vino,
que manifieste tu blancura,
que haga resplandecer
tu boca para siempre?
¿Cuánto desconocido campo
fatigado
tengo que cruzar
para arribar a la luz morena
de la que nace la vida,
la verdadera feliz vida?
La que adivino,
la que se abre paso,
forcejeando
en tu mirada.
En ti, te ruego
que se revele en ti;
quiero ese destino,
quiero caer en el fluido,

en el cálido vientre
de la postrera alegría.
Dame, dame
el manantial,
el agua fresca,
el viento
en el otoño de los fresnos,
porque no sé si pueda más,
porque vengo vacilando,
vengo delirando
hacia el germen de tu alma.
Revélate tesoro,
dueña fatal,
te ruego
porque tengo sed,
porque se agota
en el último trueno
la carrera del esfuerzo,
del músculo exigido,
de la voluntad exprimida,
para liberarme siendo
definitivamente tuyo.





Perinet, Madagascar

Me está doliendo esta lluvia
como un golpe de impotencia.

Esta mala pasajera,
constante y reumática,
cava fosas, espera.

Fantásticamente vertical
cae sobre mi pecho
mientras yago,
enfriándome.

Desesperanza, desesperanza,
repite y repite
la jungla inmóvil.

Me duele esta mala lluvia,
enferma y extraviada,
lenta y agónica,
con vocación de muerte.

Procuro aferrarme
al calor de la lámpara,
al olor a querosén
y al recuerdo
del sol en tu pelo,
de tus palabras quebradas,
del calor de tu lengua,
de la delicia en tu vientre

y a la imagen
de aquel relámpago sublime
con que me salvaron
tus ojos.

Leslie Warren ha inspirado
la mitad
de la belleza de tus ojos
y una melancolía leve,
la otra mitad completa.

Relumbra apenas en su sombra
el agua profunda
y quieta
donde se resuelven
tu saber y tu ternura.

Un juego de expectación
y calma
les confiere enigmáticos anhelos.

Son bellos tus ojos,
como los atardeceres en la playa.
Pero han dejado de bastarme.

Iré por ellos
y su entorno:
la fragancia de tu pelo,
tu voz quizás escasa,

el calor incierto
de tus manos,
pero, muy especialmente,
por las vibraciones íntimas
que seguramente
cimbran
la olvidada pureza de tu alma.



Dame un tiempo más
de tu presencia bella,
de tu espíritu delicado,
de tus morenas manos.

Dame otros minutos
para sentir las jóvenes palabras
en el piano de tu boca.

Dame de nuevo el juego libre
de tu chorreado pelo
y de tu sonrisa tibia.

Dame los ligeros pasos
y también dame
el tiempo necesario
para que conociéndonos
se fundan nuestros halos

y sepamos ...

¿Por qué no volviste,
pequeña ausente?

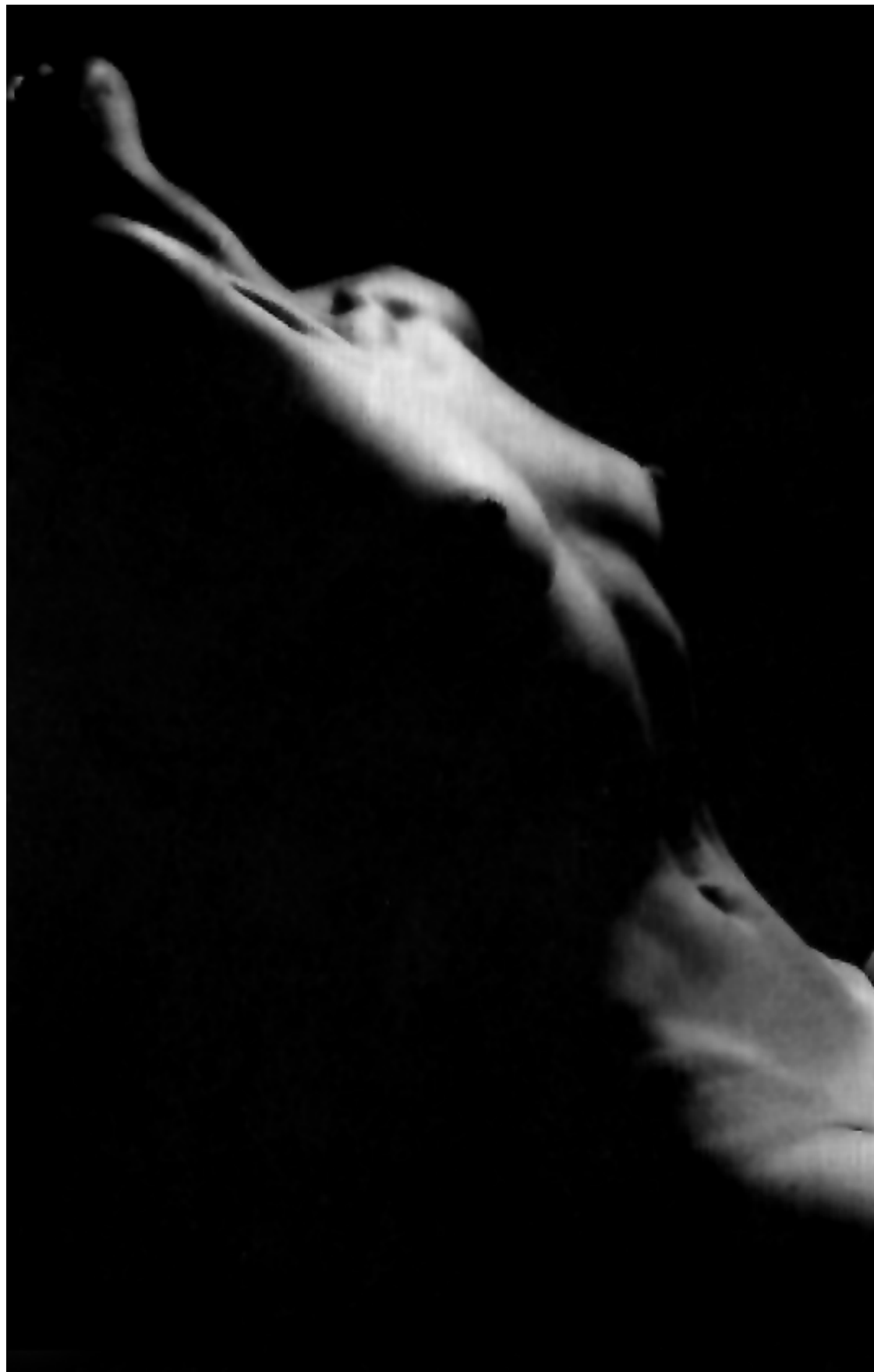
¿Por qué a la hora del tiempo gris,
entre el viento y la niebla,
cerca del mar,
a la tarde,
no te juntaste conmigo?

Retornaban las miradas pardas,
los silencios,
la copa ardiente,
el sabor de la guarida.

La confianza
y el espacio ansioso
del sol entre las hojas.

La voluntad alegre,
el descubrimiento nuevo.

Te veía conmigo,
entendiendo la tormenta,
acompañando la curva de las olas.



Te veía haciendo hoyos,
plantando con las manos
o desnudando las alas
de la sabiduría.

Pequeña compañera,
una desaparición de humo
te ha cambiado la mirada.

Una sombra misteriosa,
como pájaros de noche,
torció el rayo de tus ojos.

Y las palabras redondas
no se deciden en tu boca.

De lejos.
Desde los altos riscos,
mientras descanso,
desenredo las preguntas.
Suelto sus hilos.
Infinitamente
los alíneo.

Pequeña amiga,
¿es la soledad tu ausencia

y esta emigración nocturna
la última final?

Hubieras buscado mi presencia
cuando empezaba los caminos,
cuando a los brazos fuertes
del deporte
se sumaba
la sonrisa fuerte del futuro.

Hubieras procurado mi mirada
cuando el cielo y la montaña,
las ansiosas excursiones,
eran la promesa;
cuando el porvenir era
edificar con ladrillos puros
el hogar de la tibieza.

Hubieras bebido mis palabras
para aprender
con mi custodia
de las otras tierras
y las otras gentes.

Te hubieras dormido en mi pecho
y, fresca,
hubieras despertado del feliz sueño
trasponiendo la noche
en la certidumbre del abrazo.

Pero ya no te merezco.

Porque en los retoños plateados
de mi pelo,
porque en los surcos curtidos
de mis ojos,
sedimentan cansancios y pecados.

Ya no te merezco.

Porque no resuena en mi boca
la sonora risa arrolladora,
porque mejor puedo ofrecerte
una sonrisa
seguramente melancólica.

Porque cargo historia
y cargo cicatrices



porque ahora que me atrevo,
ahora que he aprendido,
que estoy habilitado,
ahora, bienamada,
ya no te merezco.

que tu tierna aspiración
temería contener.

Ya no te merezco.

Porque tu anhelo puro
es para el que era,
el que transitaba ávidamente
y, muchas veces,
mi caminar es grave.

Muchacha,
lejos,
como siempre,
yo te evoco,
te cifro en el silencio

e inquiereo
al desfavorable desencuentro,
al destiempo,
al bucólico cortejo
de los pinos,
a la tarde transparente,

Gringa

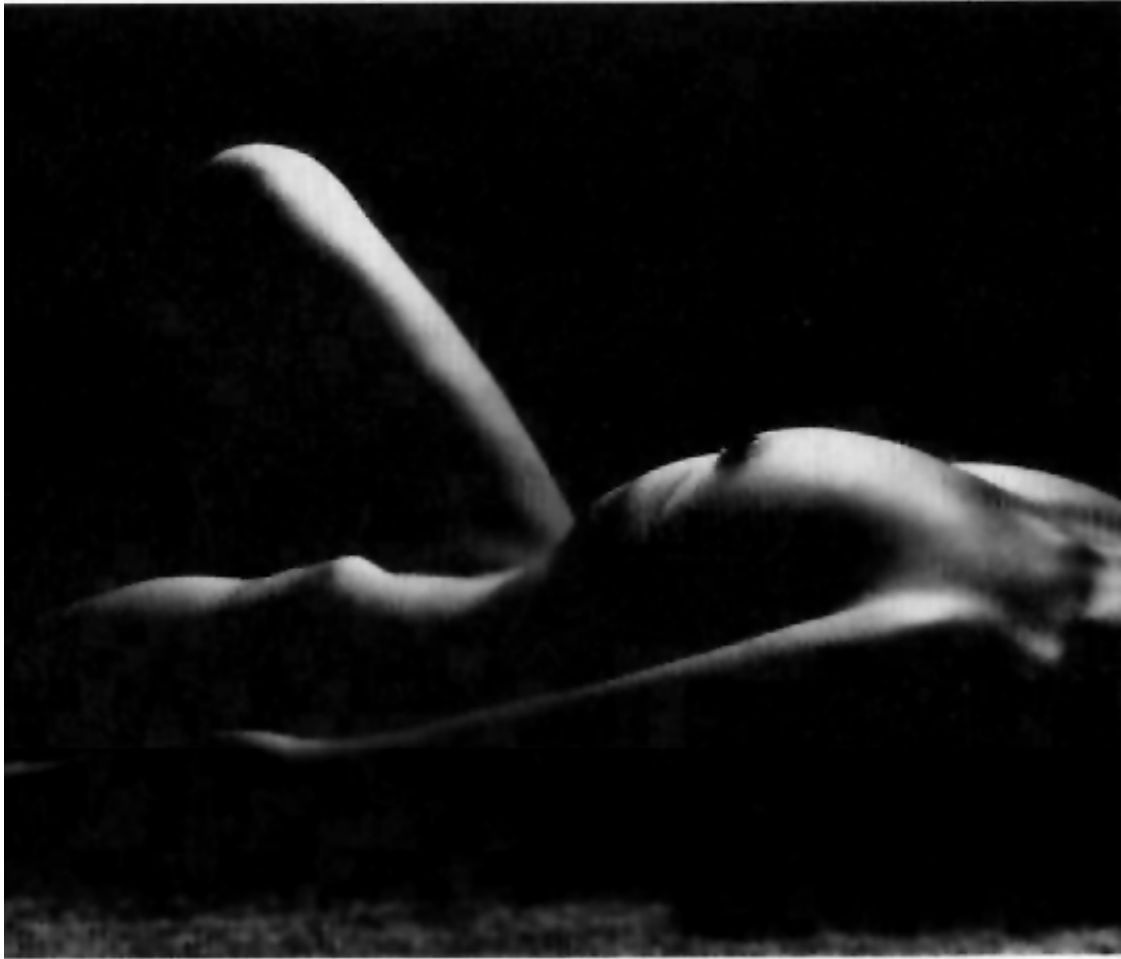
Gringa,
piedrita verde,
picaflor que va descifrando flores
y aprovecha la hora en que la luz
regala las mejores claridades.

Desprejuiciada bebedora,
minera de misterios.
Se te ve inquiriendo siempre,
por la gota de pureza,
por el cuarzo delicado.

Y sin embargo,
leal amiga,
te siento detrás mío,
acomodando sabiamente
(es decir pacientemente)
los residuos
de mi desorden patológico.

Gringa alegre,
siempre predispuesta.
Tía silenciosa y confidente.

Amiga.
Detrás de tu silencio astuto
combinas con experto arte
el material del compañero,
el auxilio del aliado.
Y un secreto anaranjado de hembra
que despierta la cosquilla
de eróticos designios
y secretos procederes ...



De nuevo tú,
ojos rapaces;
llena eres de ilusiones
y de los posibles amores de la luna.

¡Secreta!
Eres oscura e inquietante
y hueles a la noche del verano,
fragancias penetrantes,
marchitez futura.

Con identidad de fruta,
haces maduro y dulce
el carácter del durazno

y en la frontera verde,
al borde de mi alma,
das aún remotas vueltas.

Escondida rosarina,
enigma de plata,
aún giras desde lejos
y desde tu planeado vuelo,

entre un espacio recto,
ambos nos miramos.

En mi refugio de la tierra,
a ras del sol
donde están la mugre
y los aromas,
el corazón batiente
de las hojas,
la savia y el estiércol,
los escarabajos
y las vertientes.

Desde mi reino
pardo y bullicioso,
yo también te observo.

Desde aquí,
donde el tiempo
no interesa,
donde todo lo sabemos,
seguiré mirándote.

Yo te veo morena,
con el amor rondándote
y en los crepúsculos
una ola morena en los párpados te queda.

Eres morena muñeca
cuando tu voz se extingue.
Inmenso hueco oscuro,
concavidad de tus brazos,
sordo ruido de piedras
donde me desbarranco.

El sol que vacila
en la tarde
hacia ti me lleva,
hacia la sombra de tu pecho
para que el dolor se olvide.

Pero aunque mis brazos te entrelacen
aún no me perteneces.
Aunque con un vuelo elocuente
de palabras te reclame,
tus noches me abandonan.

Luna fría,
centrípetas estrellas,
astros temblorosos,
Dios que se me echa encima.
Ay, ¡hebra castaña y distante!

De tu sombra morena
tiene sed mi cuerpo.
De tu juego grácil
mi sangre tiene ausencia
y al baile de tus labios
cae mi alma marinera.

Enséñame a buscarte,
a recorrer los arduos senderos,
a trepar acantilados
que recorriendo el tiempo
me pongan delante tuyo.

Enséñame a buscarte
a rescatarte entre las rachas
de la tormenta desmandada.

Enséñame a encontrarte
a descubrir las particulares notas
de la música en tu alma.
A leer las variaciones
de la luz que cambia tu mirada.

Enséñame a identificar
el preciso origen de la cuerda
que guiará mi mano
hasta tu palma ávida.

Enséñame el idioma,
las privadísimas claves

y el abono necesario
que conduzcan mi brazo a tu cintura
y tu frente hacia mi pecho.

Eres para mí la más bella.

Bella
como un brote en el invierno
y al acecho.

Aún querida,

aún espero descubrirte

y en una fábula de amor

tenderme a tu costado.

En el sueño de los sueños
resistió tu pelo grueso
de hojarasca fragante
sinuoso y liberal.
Ahora que de mí se aleja
la que amo.
Ahora que la barca está vacía,
la cubierta yerma,
sin espigas en las manos,
con las vasijas secas.
Ahora que el horizonte
es tan lejano,
entorno los ojos
y abro desamparadas manos.
Ella, la que amo,
me hizo olvidarte
en un otoño.
Pero, con un caballo negro
galopabas la noche
y no supe que velabas,
que cruzabas la tiniebla.
Ella, la que amo
me ha perdido.

Pero allí
a la vuelta del dolor,
como la música
de las calles pobres,
con raíces verdaderas
esperaste.

Eras delicias azules,
transparentes aguas,
embriagadoras ondas,
de la profundidad oceánica.

Ella, la que amo
está perdida
y son tus brazos,
los pacientes,
los muelles de la caída.

Como un vampiro
enamorado
te buscaré en otra vida.

Como un viajero resolutivo
y alerta
recorreré tierras y tiempos
hasta detectarte.

Estaré en las reuniones,
urgaré en las playas,
preguntaré en las mesas
y revisaré ciudades y aldeas,
campos y selvas,
hasta hallarte,
hasta olerte,
hasta mirarte y confirmarte.

Como un ángel purificado
me presentaré
y redimido por la espera,
por la larga jornada

y por una nueva inocencia
de muchacho presto
me reconocerás.

Entonces
juntaremos nuestras manos
y con nuestro amor
amarrado
a las esferas eternas
cruzaremos los ojos,
sonreiremos sin tiempo
y echaremos a andar.

Crónica 1

Es la primera vez
que no te encuentro.

Este detalle olvidado
se renueva como el otoño.

Del otoño,
hay en esta desazón
la misma melancolía bella.

Los árboles dorados.
El aire húmedo.

Descubrí que pasaría
cuando equivocaste la mirada,
cuando dijiste que me amabas
sin amarme tanto.

Cuando en el rito de besarme
una molestia tenue,
como una translúcida gaviota,
voló desde tus ojos.

Dos veces fui a buscarte
y no estabas.

Saldré otra vez
en tu procura.
Hacia la nueva piel
y el nuevo peso.
Hacia la nueva alma.
Por esas gloriosas horas
en que elegiste mis brazos.
Por ese precioso instante
en que te clareó la boca.

Intentaré salir
cada vez que me haga falta;
pero aún así,
llevo
la salada pena
que me trepó hasta la garganta,
al descubrir que no estarías.

Crónica 2, 04:15 p.m.

Volví al café,
como lo hace la nostalgia,
tratando de renovar la gracia
con que surgiste de la pared
tras los ventanales.

Para repetir el gozo.
Para volver a ver
cómo te sentabas
e iniciabas las palabras incómodas.

Volví a la mesa
en que se evocan nuestros cuerpos,
cada jueves.

Volví al rincón
donde nuestras almas cortejaban.

Bebí el café
con el papel y el lápiz,
pero sin ti,
lógicamente.

Crónica 3

La descubriste brillando,
delicada como una voluta.

Enhebrando el aire.
Acariciando alegre
el oleaje del acorde.

Seguramente.

Y con la sonrisa y el deseo
te armaste el horizonte,
te dejaste prometer
las futuras construcciones.

Te sometiste sin remilgo
a la ilusión
de una larga primavera.

Seguramente.

Pero, preguntas sin respuestas,

pequeños presagios infelices
acumularon su residuo

y dejaron las caricias y las ansias
de identificarse claramente.

Seguramente.

Hasta que en la noche del dolor
con las reservas agotadas,
una amargura destemplada
te hirió el costado.

Seguramente, vertiste lágrimas
y te abrumó la pena
cuando te viste abandonado,

cuando la viste irse,
tomada de mi mano.

Crónica 4

Estaba allí,
a la vuelta de la esquina.
El café a la mano
y la mirada alta.
La mirada fija,
quieta, tan quieta.
Paralizando el instante y el aliento.
Estaba allí, en el café.
Con el impermeable gris,
la cintura ceñida
y las botitas negras, tan finas.
Se le alargaba la mirada
y el antebrazo se le alargaba
encima de la mesa
y la niebla se le metía adentro.
Las cejas eran dos balcones estirados,
parapetos de distancia.
Quieta, así quieta
podía detener
el agua de la angustia.
Los dedos largos yacían
exánimes sobre la mesa.

Estaba allí,
tan distante y tan erguida.
El pelo castaño
le caía largo sobre el pecho.
Había abandonado.
Finalmente se entregaba.
No pudo hallarlo.

Estaba quieta y frágil.
La falda de tablas
se había vuelto de cristal.
No pudo hallarlo
gastó el cariño, las ansias,
la ilusión y la esperanza.
Él no estaba.
Lo había buscado tanto.
Y allí como esfinge
en el café de niebla
se detenía.
Ni una brizna de fuerza amarga.
Nada.
La desesperanza no se mueve.
Estaba allí, sin lágrimas,
presta para el silencio.

Casi lista

cuando él doblaba la esquina
y adivinaba sus espaldas.



Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444, Capital Federal
en el mes de noviembre de 1996.